

y protectora con que habia podido contar, habia sido la de D. Gomez.

En cuanto á él, ya hacia largo tiempo que amaba á la reina; su belleza, su desgracia, le habian interesado profundamente; aquella mujer, que se habia sacrificado por el bien de sus reinos, que tanto respetaba la voluntad de su padre muerto, era á sus ojos un prodigio de virtud.

X.

El papa Pascual II, que estaba irritado del matrimonio del rey de Aragon con la reina Doña Urraca, pues, realmente eran parientes dentro del tercer grado de consanguinidad, oyó atento las quejas del Conde de Ansurez, y luego respondió con acento severo:

—Lo que Doña Urraca padece es el justo castigo de su culpa, y lo que debia esperar, uniéndose con su próximo pariente.

—Ved, señor, repuso D. Pedro, que esto lo hizo, no por su gusto, sino obligada por nosotros y para librar á sus reinos de los furores del rey de Aragon, que, por otra parte, tampoco se han podido evitar.

—Esa consideracion es la que atenúa su culpa, dijo el Pontífice. Marchad, hijo mio, y decidle que por medio del abad del monasterio de Clusa, haré entender á D. Alfonso que su matrimonio es nulo, y que se ha de separar al instante de Doña Urraca.

El Conde Ansurez, á pesar de su edad, corrió á llevar la deseada nueva, que bien pronto cundió por

toda la ciudad, llegando á la reina por medio de un perga nino del Conde Salvadores.

Doña Urraca respiró al fin con libertad, y los gallegos, alentados con la decision del Papa, resolvieron apoderarse de Alfonso VII, que iba á ser su rey, al mismo tiempo que los castellanos y leoneses se convinieron en arrojar de su reino á D. Alfonso de Aragon.

De esta suerte, y á pesar del fatal matrimonio de la reina, la guerra civil se encendió como si hubiera permanecido en su tranquila viudez.

Dos dias despues que el Conde Ansures, llegó el abad de Clusa y pidió ver al rey, que, ajeno á lo que se trataba, le recibió rodeado de la corte.

Allí fulminó el severo monge la sentencia de divorcio á la faz de todos, y el rostro del Batallador expresó, al oirla, todo el furor de que es capaz el corazon de un mortal.

—Buen hombre, dijo mofándose; dí á tu amo que jamás dejaré á mi mujer, y los Estados que me trajo en dote, para obedecer á su mandato.

—¡Nunca! repitieron á una voz los partidarios del rey.

En aquel instante se oyó un terrible rumor de armas y voces.

Los gallegos habian allanado el palacio y pedian á Alfonso VII.

—Y nosotros, exclamaron á su vez los caballeros

castellanos y leoneses, presentes á la recepcion del abad y que el rey creia adictos suyos, nosotros pedimos tambien á Doña Urraca, nuestra legítima soberana.

Dicho esto, fueron á salir del salon; pero todos los parciales del rey se opusieron á su paso trabándose una lucha sangrienta en la que tambien tomaba parte el mismo rey.

La batalla se empeñó furiosa, encarnizada, dentro del mismo palacio; mientras que los parciales de la reina y del infante D. Alfonso se batian con los partidarios del rey de Aragon, corrieron algunos, al frente de los cuales iba D. Gomez Salvadores, á abrir las prisiones de la reina y de su hijo.

Por aquella vez, el Batallador fué arrojado con los suyos, no sólo del palacio, sino de la ciudad, quedando la reina al lado de su hijo y libre por todas las leyes divinas y humanas de su funesto enlace.

Despues de abrazar á sus hijos, su primera mirada fué para D. Gomez; halláronse sus ojos y el semblante de entrambos sufrió una rápida y extraordinaria mutacion.

El de la reina se puso encendido.

El del Conde pálido.

Nada se hablaron.

Nada necesitaban tampoco decirse.

En el rubor de la reina estaba la confesion de su amor.

En la palidez del Conde la protesta de su pasión.

Desde aquel día, la guerra agitó su antorcha funeral sobre los reinos de Doña Urraca y de su hijo.

Retirado el rey de Aragon á una de las villas más cercanas, dió á conocer que su intencion era la de apoderarse á viva fuerza de los Estados de su esposa, y que ninguna piedad ni misericordia debian esperar de él, los que siguiesen la causa de Doña Urraca y de su hijo.

La posteridad, y tambien los historiadores, han culpado despues á Doña Urraca por haberse separado de su marido, empeñando así la guerra civil; pero, ¿era siquiera imaginable que aquella princesa desventurada hubiera podido permitir que asesinasen á su hijo, y que hubiera soportado por más tiempo su vida de humillaciones y de ultrajes?

Seguramente no habrá ninguna mujer digna, y que sea madre, que conteste afirmativamente á esta pregunta.

La guerra no era igual por ambas partes; el rey de Aragon ganaba terreno, pues ya se ha dicho ántes que los principales gobiernos de villas y ciudades de importancia los habia dado á servidores suyos y las puertas se le abrian, despojando á la reina de lo mejor que habia heredado de su padre.

No obstante, los fieles castellanos y leoneses se

enfurecian con esta alevosa usurpacion y oponian una tenaz resistencia cuando ya el vencedor, por la traicion de los gobernadores, se hallaba dentro de las plazas y con todas las ventajas de su parte; de esto nacia tan terrible efusion de sangre, que las poblaciones se diezmaban y las tropas del Batallador lo llevaban todo á sangre y fuego.

Doña Urraca, por el contrario, mandaba que se opusieran los medios posibles de defensa, pero que se evitara la efusion de sangre, y que cada uno se contentase con defender su vida y hacienda.

El rey de Aragon peleaba en tierra extraña, y hallaba un bárbaro placer en talar los campos, incendiar los castillos, saquear las ciudades, y apoderarse hasta de los vasos sagrados, que servian para el culto divino.

Doña Urraca y los suyos no podian tomar ninguna represalia de estas violencias, y entretanto, aprovechándose los califas de Damasco y de Córdoba de las discordias intestinas, adelantaban en sus conquistas y se metian tierra adentro de España.

Entonces fué cuando la calumnia se cebó en la reputacion de la desgraciada reina.

Sus enemigos empezaron á propalar rumores injuriosos á su honra, y la llamaban meretriz pública y engañadora; achacáronla que mantenía trato ilícito con el arzobispo de Toledo D. Bernardo, varon ilustre y respetable, y al que ella consultaba en su an-

gustiosa situacion y dispensaba su confianza; al mismo tiempo, se daban por ciertos sus amores con el Conde D. Gomez, á quien los parciales del rey de Aragon tenian gran interés en desacreditar, porque era el más hábil caudillo del ejército de Doña Urraca.

Y sin embargo, aquéllos amores jamás pasaron los límites del decoro, y si la reina concedió al Conde su intimidad, fué con todo el recato posible.

En cuanto á los rumores que corrian acerca del arzobispo de Toledo, nada podia haber más absurdo; pero estos son los amargos frutos de la guerra; todos los vicios levantan la cabeza, y no es el último la desvergonzada y ruin calumnia.

Las derrotas del ejército de la reina eran tan terribles y tan repetidas, que el valor de las tropas empezó á desmayar, acabando de desalentarlas la muerte de D. Gomez Salvadores, que tuvo lugar al frente de ellas en la desgraciada batalla que se dió el 26 de Octubre de 1114 en las inmediaciones de Sepúlveda y lugar llamado Camp de Espina.

Por entónces propusieron algunos señores á Doña Urraca que se llevase á efecto la coronacion de su hijo el infante D. Alfonso y que despues saliese éste al frente de las huestes para animarlas con su presencia, á lo que la reina accedió, si bien con el corazon prensado de angustiosos temores.

Pocos dias despues, y en los primeros del año 1112, la catedral de Santiago presentaba un aspecto

deslumbrador; las luces y las flores la adornaban por todas partes; anchas colgaduras de seda, con los colores de Galicia, vestian las paredes; resonaban en el templo los cánticos sagrados; el incienso subia en largas espirales, y el sol quebraba los rayos que traspasaban las ojivas ventanas, en las armaduras de los guerreros que en numerosas filas se extendian á los costados del altar mayor.

Un sonido de trompetas y atabales, que se oyó en la parte exterior, hizo salir á los nobles y á los obispos á la puerta del templo para recibir á D. Alfonso, que llegaba para ser coronado.

La comitiva guarbaba la misma forma que cuando la coronacion y consagracion de la reina Doña Urraca; el infante montaba un caballo blanco; á su lado caminaba su madre.

Apeáronse á las puertas, y seguidos de todos los nobles, madre é hijo se adelantaron hácia el altar mayor, donde el infante fué coronado y consagrado rey de Galicia por el obispo D. Diego Gelmirez.

Los nobles no se habian engañado en sus esperanzas: animados los señores gallegos con la presencia del jóven monarca, levantaron algunas tropas y marcharon con él á la defensa del territorio leonés, con extraordinario ardimiento.

Por su parte, el rey de Aragon dirigió todos sus esfuerzos á apoderarse de Alfonso VII, vivo ó muerto; al efecto, juntó muchas tropas navarras, aragones

sas y castellanas de facción, y salió al encuentro de las enemigas en Viadangos, en donde se presentó de una y otra parte la batalla, primera á que asistió el rey de Galicia.

Vestia éste una armadura de acero cuajada de escamas de oro, sobre una clámide de fina lana, blanca como la nieve; á su lado, y armado de guerra, iba el obispo de Santiago D. Diego Gelmirez, á cuya custodia habia la reina encargado muy particularmente su hijo.

La lucha se trabó horrible, declarándose á favor de las armas del rey de Aragon.

—¡Huid, señor! ¡Venid con nosotros! dijeron al hijo de doña Urraca algunos caballeros parciales suyos, deseando librarle de una muerte cierta.

—¡Cobardes! gritó Alfonso VII levantándose sobre los estribos é irguiendo su pequeña estatura: ¡huid vosotros, que no sois reyes, si quereis manchar vuestro nombre de leales! ¡Yo moriré aquí!

Y con arrojo heróico, se lanzó contra un grupo de enemigos, que le encerraron en un circulo de lanzas.

—¡El rey está perdido! dijo con angustia uno de sus capitanes.

Otro se volvió para socorrerle, pero ya vió al rey entre los brazos del obispo de Santiago, que le sacaba con ímpetu de la silla.

—Un rey no se pertenece, señor, le dijo, y debe

vivir para sus pueblos; no es ahora valor el morir, sino vivir para pelear.

Esto diciendo, le colocó delante de su caballo, y salió á galope del campo enemigo, que obtuvo una completa victoria.

El valeroso prelado siguió huyendo, llevando como prisionero al rey, que lloraba de cólera, y no dejó de correr hasta llegar con él al castillo de Orsillon, donde se hallaba la reina con su hija.

Pocos dias despues, Doña Urraca, cuyo tesoro se hallaba tan exhausto como el erario, se dirigió á Santiago para consultar los medios de reparar tantos daños y contrariedades; pidió socorros al clero, que se apresuró á facilitárselos muy cuantiosos en dinero y alhajas, con lo que pudo pagar á sus tropas y recobrar algunos pueblos y castillos, en los que aún dominaban partidarios del rey de Aragon; pero todos aquellos nobles caballeros, conociendo la justicia de la causa de la reina y compadecidos de sus desgracias, se pasaron á su lado, dejando el del Batallador.

Doña Urraca los reunió á todos, y les habló así:

—«Condes, prohombres y ricos hombres de mis reinos; creo que debo hacer el último esfuerzo para salvar á mis Estados y á mis vasallos de la tiranía del usurpador; errante de villa en villa y de castillo en castillo con mis hijos, mi vida no tiene objeto alguno; es triste, solitaria, y está llena de inquietudes; voy, pues, á ponerme yo misma al frente de mi ejér-

cito con mi hijo; participaremos de sus peligros y fatigas; le animaré con mi voz y con mi presencia; curaré á los heridos, consolaré á los moribundos y oraré por todos; esto es lo que pienso hacer; no sé pelear, pero sabré acompañaros y rogar por vosotros, lo que será más digno que estarme entregada al blando sosiego de mi palacio.»

Una aclamacion universal acogió las nobles y generosas palabras de la reina Doña Urraca.

—¡Sí! dijeron algunos; organizaremos un nuevo ejército, y al ver al frente á sus reyes, se redoblará su valor; vos podreis apreciarlo, señora; ahora seremos invencibles, y el rey de Aragon tendrá que ceder y retirarse de vuestros Estados.

—Id, pues, repuso Doña Urraca; preparadlo todo para la marcha; cuanto más pronto salgamos, tanto mejor: partiremos hácia Leon y en Astorga hallaremos á ese feroz enemigo de nuestro sosiego.

Retiráronse los nobles y Doña Urraca quedó sola con los Condes Ansures.

—¿Qué vais á hacer, señora? exclamó uno de ellos. ¿Ignorais á qué riesgo vais á esponeros? ¿Sabeis que comprometéis vuestra existencia y la de vuestro hijo? Además, ¿á quién va á quedar encargada la infanta Doña Sancha?

—A vos, contestó la reina dirigiéndose á D. Pedro Ansures, que era quien le habia hecho las anteriores observaciones; vuestra avanzada edad os tiene ya

separado de los combates; en cuanto á mi vida, cumple á mi deber sacrificarla por el bien de mis pueblos, y lo haré: prefiero participar de las penalidades de mi ejército, á consumirme aquí de angustia y de impaciencia: ¿quién sabe, además, lo que mi presencia puede influir en mis soldados? ¡Dichosa yo si los conduzco á la victoria, y me deben mis reinos su tranquilidad!

XI.

La reina pidió auxilio además á D. Enrique, Conde de Portugal, y no tardó en partir al frente de un nuevo y grueso ejército que se organizó; cabalgaba sobre un magnífico caballo árabe, sin más defensa que sus ropas de seda, su corona real y su blanco velo.

A su derecha se veía á su hijo D. Alfonso VII, armado de punta en blanco, y los dos iban rodeados de lo más florido de la nobleza castellana, leonesa y gallega.

Caminaban hacia Leon, corte un tiempo de Alfonso VI y ciudad muy querida de Doña Urraca por cuanto en ella habia amado por la primera vez, y allí se habia casado con el padre de sus hijos.

Esta ciudad se hallaba ya en poder de los aragoneses, que habian adelantado hasta Astorga.

La reina no se permitia, ni permitia tampoco á su hijo, más reposo que el escaso que tenían los soldados; no se quejaba ni del frio, ni del sol, ni de la lluvia, que más de una vez caló sus delgadas vestiduras; alegre y animosa, ya alentaba á los soldados con dulces palabras, con promesas de recompensas, ya les daba algun dinero, bebidas y frutas, de las que, detrás de ella, caminaban cargadas algunas acémilas para su regalo, y porque así lo habia mandado, á fin de poder reanimar á los más débiles ó cansados.

Era un tierno espectáculo al ver á aquella mujer, jóven y hermosa, caminando entre rudos y ennegrecidos soldados, á los que llamaba sus hijos y daba de beber por su propia mano, ó alargaba una de aquellas ricas confituras, cuyo secreto habian traído consigo los árabes en su irrupcion en España.

Con esta conducta no hay que decir que el ardimiento de los soldados aumentaria mucho, y que el más cobarde se creia capaz de emprender la conquista del mundo.

Despues de algunos dias de penosa marcha, llegó el ejército real á la ciudad de Astorga, sitiada á la sazón por el aragonés que, faltar de toda clase de recursos, empezó á desmayar.

El ejército de Doña Urraca se reforzó de un modo considerable con vários cuerpos de castellanos, asturianos y leoneses; los nobles y ricos señores se apre-

suraban á armar á sus vasallos, y marchaban á reunirse con la reina y su hijo.

Amaneció, por fin, el dia en que el Batallador debia dejar de llevar con justicia este sobrenombre; presentóse la batalla, que fué reñida hasta la ferocidad; la reina, metiendo su caballo en lo más récio de la pelea, y exponiendo su vida como si nada valiese, animaba á sus soldados y llevaba á su hijo á su lado para alentar su valor; su voz delgada y melodiosa, se oia por todas partes consolando, animando, prometiendo, é implorando al Dios de los ejércitos en favor del suyo; habíanse desprendido sus cabellos, y sus largas trenzas negras flotaban por su espalda revueltas con su blanco velo; tal apareció Minerva á los troyanos, para reanimar el valor del ejército vencido.

—No temas por tus desgraciados hijos, decia al que, herido mortalmente, caía á sus piés; yo seré su madre.

—Dios te dará la palma de una eterna gloria, decia al que agonizaba, y yo por mi mano plantaré un laurel sobre tu sepulcro; toma mi cruz de oro, y bésala pensando en nuestro Redentor.

Habia mandado Doña Urraca que un crecido número de soldados, elegidos entre los más viejos, más débiles y ménos á propósito para el combate, quedase cerca del campo de batalla para retirar prontamente á los heridos, á fin de que no cayesen en las

cruelles manos del enemigo; allí se dirigian de continuo los pasos de la reina y de su hijo, para avisar dónde habia mayor número de mutilados; dos obispos con sus diáconos se hallaban tambien entre aquel cuerpo de socorro, y prestaban á los soldados los auxilios de la ciencia y de la religion.

Declaróse, al fin, la victoria por las armas de Doña Urraca; por la primera vez el ejército aragonés fué destrozado, y tan completamente, que el rey usurpador se vió obligado á huir á favor de las sombras de la noche, y á refugiarse en Carrion.

Los aragoneses que no habian sido muertos ó heridos, le abandonaron, dispersándose llenos de un pánico terror.

Otros muchos quedaron prisioneros del ejército real.

Dos dias despues llegaron emisarios á Astorga para anunciar á la reina que la ciudad de Leon, con su alcázar, se le rendia y estaba pronta á prestarle el juramento de su lealtad y su obediencia.

Doña Urraca envió á tomar el pleito homenaje á los leoneses, y siguió con su valiente ejército hasta Carrion, donde tuvo sitiado á su esposo por algun tiempo.

Una mañana apareció sobre las torres de Carrion una bandera blanca, señal segura de que pedia paz y capitulacion el sitiado monarca, y en seguida salieron cuatro de los pocos guerreros adictos, que habian

quedado al lado suyo, llevando asimismo al frente una bandera blanca.

Fueron recibidos en el campo de la reina como tales parlamentarios, y oida su peticion, que se reducía á demandar, de parte de D. Alfonso, una capitulacion honrosa.

Proponia que los lugares, castillos y villas se distribuyesen por partes iguales entre ambos consortes, con la condicion de que en el caso de injuriarse el uno al otro, todos se pondrian de parte del injuriado.

—Señores, dijo la reina á los emisarios, os podeis retirar mientras someto al Consejo de mis nobles, la peticion de vuestro rey.

Luego que los embajadores hubieron salido, la reina convocó en su cámara á los jefes de su ejército y les habló de la peticion del enemigo, diciendo que á su parecer se sujetaria.

—Señora, dijo uno de ellos; vuestra grandeza ha alcanzado ya una gloria imperecedera en el sólo hecho de haber traído al rey de Aragon hasta pedirós la paz; y así creo que no hay ninguna mengua, ni para el reino ni para vos, en acceder á lo que pide.

—Además, dijo otro, todos, y vos misma, señora, estamos fatigados de tan larga guerra, de tan continuados sinsabores; cada uno tiene abandonadas su familia y sus haciendas; cada uno suspira por el so-

siego y la paz; creo que todos mirarán como una dicha un avenimiento decoroso.

—¿Qué decís vosotros, señores? preguntó Doña Urraca volviéndose hacia aquella parte de la asamblea que habia permanecido silenciosa.

—Decimos lo mismo que nuestros nobles compañeros, respondió una voz; la reina debe, á nuestro parecer, avenirse á esta composicion, puesto que le conserva su libertad y la mantiene apartada de su esposo.

—Nosotros la redactaremos, añadió otro, y dejaremos pocos vuelos al príncipe aragonés.

—Hágase en todo vuestro parecer como me encargó mi augusto padre, dijo la reina; redactad el pacto y enviadlo á D. Alfonso lo ántes posible, para que cada uno pueda volver á la tranquilidad de sus hogares.

En efecto; al dia siguiente fueron remitidas á Don Alfonso las bases de la transaccion, la que fué redactada con demasiadas consideraciones hacia aquel monarca turbulento y sanguinario; las ciudades y plazas fuertes se dividieron en partes iguales, tocando tantas de primer orden á Doña Urraca, como á su marido.

Sin embargo, el rico y florido territorio de Galicia y de Astúrias, era de la corona del niño Alfonso VII, y quedó por lo mismo sujeto á la dependencia de su madre la reina Doña Urraca.

Esto excitó la colérica envidia del ambicioso rey de Aragon, que todo lo queria para sí, y no podia sufrir en calma la prosperidad de su esposa y de los hijos de ésta, más ricos que él por derechos irrecusables.